

CUENTO N° 192

TÍTULO: FOTOGRAFÍA DIGITAL

SEUDÓNIMO: FILIPPO MARINO

AUTOR: MARIO ENRIQUE GAJARDO R.

FOTOGRAFIA DIGITAL

Autor: Filippo Marino

Una desvelada noche me levanté decidido, el reloj marcaba las tres de la madrugada, entonces, para ocupar el tiempo salí del dormitorio y encendí mi antiguo computador, que es un verdadero armatoste. Abrí el correo electrónico, revisé uno titulado “algo especial”, la curiosidad me mantuvo más despierto, se trataba de una hermosa fotografía antigua en blanco y negro. Se apreciaba una calle en curva, por ambos lados había una hilera de casas sin antejardín, todas nacían desde la misma vereda. Las fachadas me las imaginé coloridas, verdes, rojizas, blancas, la arquitectura pertenecía a otra época, no lograba identificar el lugar. En ese acierto fotográfico había quedado retenido de frente un microbús, por sus características era un transporte rural, se observaban varias personas muy abrigadas y, el suelo parecía húmedo. Me interesé por ese lugar, saber en qué tiempo quedó paralizado en una fotografía, hice esfuerzos por averiguarlo en ese mismo momento, pero, ¿cómo podía lograrlo? Se me ocurrió que podría transportarme con la imaginación o quizás, leyendo la mente de las personas ahí captadas, pero eso era imposible, al menos para mí. Quizás desde el Olimpo un dios podría haberme ayudado o alguien como Hermes Trismegisto, tres veces grande el patrón de los magos. Lo intenté a mi manera, puse el dedo índice de mi mano derecha en la pantalla sobre la fotografía, justo sobre la húmeda calle y me concentré, me dispuse a realizar una actividad mental sin tener mayor conocimiento de nada. Retiré mis anteojos y cerré los ojos, debía superar esa dimensión y pasar a otra, se me había manifestado un interés especial. Hubiese querido que alguien me empujara o que quizás algo me arrojara o arrastrara hacia el interior de esa fotografía —mi esposa dormía plácidamente— luego de varios segundos tuve la sensación de estar más liviano y transportado, perdía materialidad ingresando al cuadro. Luego me sentí suspendido en el aire, al abrir los ojos estaba sorprendido veía todo el paisaje desde altura, tenía el control de mi cuerpo, entonces descendí lentamente sobre la calle de adoquines, ignorando el tiempo que había transcurrido. Magia, imaginación no importaba ahí estaba de pie. Comencé a observar todo y, por precaución subí a la vereda por si el pequeño bus avanzaba.

Me acerqué a las primeras personas ubicadas hacia el lado derecho de la fotografía, un hombre vestía un paletó color negro, camisa blanca abrochada hasta el cuello y un pantalón café. Se encontraba frente al restaurante “Cariño botado”, al acercarme advierto que estaba un poco bebido, lo mismo su amigo. Ambos me saludaron con una venia en forma sincronizada, a la vez que descubren sus cabezas sacando el sombrero. También los saludé y con interés pregunto por el nombre del pueblo.

—Para que sepa señor, esta es una ciudad histórica y se llama Putaendo —me contestó con orgullo el hombre de paletó negro y al mismo tiempo notó que me había sorprendido, pues claro que sí, era lo que ansiaba saber al momento de ver la foto en la pantalla.

—Esta es la calle Comercio —el hombre dispuesto a conversar con un desconocido.

—Este pueblo es antiguo, no se ven construcciones modernas —. Mi comentario lo enmudece, le da una aspirada profunda al cigarrillo y conteniendo el humo me contesta:

—Señor, aquí se conserva todo, tal cual está —. Enseguida exhala parte del humo que no quedó atrapado en sus pulmones y agrega:

—Esta calle y parte del pueblo es un lugar histórico, por esa razón las autoridades y la gente lo protegen —preparaba la siguiente pregunta, lo cual no fue necesario porque el hombre siguió de corrido: — Putaendo fue el primer poblado al que llegó el Ejército Libertador en 1817 desde la Argentina, cruzando la cordillera por el paso Los Patos —el putaendino conocedor de la historia se extendió más—, los patriotas estuvieron en este mismísimo lugar convirtiéndolo en “El primer pueblo libre de Chile” liberado de los españoles —. Todo me lo dijo hinchando el pecho y levantando la barbilla, como rindiendo homenaje a ese ejército, enseguida agregó que los soldados colmaron las calles del pueblo después de cruzar la cordillera de Los Andes y, que el general San Martín amarró su caballo en un árbol ubicado en la Plaza de Armas conocido como “El pimiento de San Martín”, me invitó insistente a conocerlo, yo estaba impedido y no podía darle mis razones, él no sabía que estaba circunscrito al perímetro de una fotografía.

La calle Comercio me pareció un nombre curioso, seguramente fue el primer núcleo comercial, creí lógico que si el Ejército Libertador estuvo en esa ciudad, el nombre de la calle tendría que estar relacionado con la hazaña de los patriotas. Mientras avanzo palpo las paredes de las casas, construidas con adobes, las fachadas delicadamente pintadas, los faroles ubicados con precisión, las puertas gruesas y firmes, aunque de viejas maderas. El espacio y el tiempo eran limitados, encuadrados en la fotografía digital, eso no me permitía conocer otras cosas como la artesanía o su literatura, bien se recuerda a la poetisa Alejandrina Carvajal Aspeé, quien dedicó sus versos a su tierra y al poeta popular Luis Sepúlveda Huerta. Mis sentidos siempre alertas, de vez en cuando nuevamente tocaba las paredes, construidas al menos en el siglo diecisiete. De pronto imaginaba soldados, campesinos, niños jugando, convencido que el tiempo camina, nunca está quieto, así muchos oficios de antaño pacientemente desaparecieron. Frente al microbús leo un letrero que anuncia su recorrido “San Felipe-Las Coimas-Putando”.

Al llegar al final de la postal crucé la calle por detrás del microbús, regresando por la vereda del costado izquierdo. Mi caminar era lento de observación, había pocos árboles, al pasar frente a cada casa me fijaba en las hermosas cerraduras de bronce bien pulidas, algunas puertas estaban abiertas. Entonces sin contenerme me detuve frente a una vivienda con elegantes celosías, resueltamente me acerqué y a través del vidrio veo un torneado aparador, una vitrina con hermosos espejos, un brasero encendido, colgaba en la pared una colorida fotografía de estudio, las mejillas de la señora estaban retocadas. Era el hogar de una familia, el gran anhelo de todos, tener un lugar propio donde estar, descansar, leer, comer, un lugar donde pertenecer. Esas casas me hicieron recordar el tango Casas viejas: *Quien vivió, quien vivió en esas casas de ayer, viejas casas que el tiempo bronceó, patios viejos color de humedad, con leyendas de noches de amor.*

En el inicio del corto recorrido, me percaté que frente al restaurante aún estaban los amigos en amena tertulia, crucé la calle y leí una pizarra que anunciaba el menú del día:

“Cazuela de vacuno, causeos, chupe de guatitas, chuletas de cerdo con acompañamiento, vino de la casa.”

—Entre no más patrón, aquí es todo fresco y barato —. Me anima el mismo hombre de paletó negro, se tambaleaba levemente pero no perdía su especial amabilidad, junto con su amigo me saludaron nuevamente con una venia sincronizada, al mismo tiempo que sacaron sus sombreros. Por supuesto que ingresé al local —era hora de almorzar—, varios comensales me observan curiosos, me acomodo para ordenar un pedido, tenía en la memoria el chupe de guatitas. Pero, como el día estaba muy frío, le pido al garzón que primero me haga cariño con una sopita. Mientras espero el caldo caliente, me dirijo un poco intruso hasta un costado del bar, me embeleso con una radio marca RCA Víctor, su gabinete era de baquelita de color ahuesado, al no escuchar nada miro la parte posterior comprobando que tenía los tubos encendidos, el garzón con una seña me indica que le dé volumen. Transmitían un programa de fútbol, comentaban acerca del partido del día siguiente entre Chile y Yugoslavia por el tercer lugar, destacando jugadores como Escuti, Toro, Leonel Sánchez. Fue un momento emocionante, se desarrollaba el Campeonato mundial de fútbol en nuestro país, hice un esfuerzo para no mencionar el resultado, ese partido lo ganó Chile uno a cero, con gol de Eladio Rojas. Nuevamente ubicado en la mesa, veo a través de la ventana algunas gallinas y patos revoloteando, el garzón me sirve la sopa con un huevito caído, luego el chupe de guatitas. En el instante que me sirven una agüita de manzanilla por cuenta de la casa —en vez del vino de la casa—, ingresa al restaurante un hombre octogenario. Se quita su húmeda manta negra de castilla, otea el lugar lentamente y al verme solitario se acerca, con el mayor respeto me pregunta si no me molesta su compañía. Gustoso lo invito que me acompañe, como asiduo visitante le sirven antes de sentarse una aromática porción de vino tinto en un vaso de caña alta, no pidió nada para comer. El veterano campesino me observa con atención, consideraría extraña mi vestimenta o posiblemente mi moderno reloj.

—¿Usted cree que este pueblo es tranquilo? —fue su primera pregunta que no me sorprende, se nota un conversador nato y lo dejo hablar.

—¿Sabía usted que aquí, en esta calle Comercio, mataron a una viejecita millonaria y en su propia casa? —, ahora si me sorprende, no le contesto, tampoco le digo desde donde provengo y que nada conozco del pueblo, bebe un sorbo de vino cerrando los ojos, parece la mejor manera de disfrutarlo al máximo y continúa:

—Le robaron todo el dinero que guardaba en una cajita debajo del catre —. Su relato lo confirma mencionando que el hecho fue publicado en el diario La Unión de Valparaíso.

—Seguramente la policía hizo su trabajo —le escrute interesándome en el tema.

—Aquí no hay detectives o sino todos los maleantes estarían a raya y guardaditos en la capacha —bebe otro profundo trago de vino, vaciando su primera caña con un gesto de agrado.

—Entonces ¿qué ocurrió? —indago con más interés.

—¡Nada poh iñor! no hubo justicia —. Le invité otra caña de vino mientras se revisaba sus bolsillos, ofreciéndome cigarrillos marca *Baracoa*, le agradecí su cortesía pues no fumo. Toma otro trago largo, de fondo con los graznidos de los patos y el piar de los pollos continúa:

—Fue un crimen muy comentado, la señora tenía re mucha plata.

—Pero siempre existe alguien que sabe algo —continué curioso.

—¡Por supuesto poh su mercé!, si este pueblo es chico, comentaban que lo mataron hijitos de futres y ahí mismito la cosa quedó encerrá ¿quién puede contra la gente adinerá? nadie, nadie.

—¿Usted lo cree así?

—Shissst, así es la cosa no más —. El octogenario hombre de curtido rostro y bigote blanco, sin quererlo insinuó un tema de corrupción, ese terrible mal que perdurará por siempre en el mundo.

—Entonces nunca se aclaró el crimen —insistí en el tema.

—Que yo sepa, nunca mandaron un Comisionado para pesquisar ¿qué le parece? —. No supe que contestarle. Cancelé la cuenta incluyendo otra caña de vino para el amigo.

Salí a la calle de la bella fotografía, deseoso de conversar con los sosegados habitantes, de cosas simples, el mundo está convulsionado, atormentado, indomable e incierto. Era imposible no respirar hondo, más bien suspirar. Al borde del perímetro me concentré para abandonar ese histórico lugar, era observado, posiblemente me veían como algo parecido a un espectro, era el momento de salir del trance. Comencé nuevamente a ver todo desde altura perdiéndome en el aire.

Frente a la pantalla del computador instalé mis anteojos, tenía a la vista la hechicera fotografía la que reenvié a todos mis contactos. Sentado cavilé y no creí haberme transportado, es absurdo meterme en una fotografía digital a través de un computador, más bien creo que me dormí y soñé, o quizás sufrí un desdoblamiento. El fotógrafo encuadró bien, tomó el mejor ángulo para captar la curva y la perspectiva de la calle, fue el momento preciso luego de la lluvia, sin la luz del sol se evitaron las sombras, todo fue capturado en un tono y brillo parejo. La experiencia fue de excepción, había algo impalpable que rebotaba en mi mente, me producía nostalgia, quizás envidia. Muchos me tacharan de loco contando esta historia, Freud me hubiese hecho un psicoanálisis y Jodorowsky por supuesto estaría fascinado con mi relato. Jamás he estado en Putaendo, me pregunté si sería necesario planificar una visita para confirmar mi sueño o viaje al pasado, impresionado por la experiencia hasta creí que podía llegar transportándome por el aire. Abusando de mi armatoste busqué en Google la ciudad, comprobé que la calle Comercio existe y lo demás es sabido, la historia de los patriotas y el mundial de fútbol de

1962. En cuanto al crimen de la anciana millonaria, evito conocer tragedias, hace muchos años que no escucho ni veo noticias, vivo casi como un pájaro. La vida es la vida solo hay que vivirla, según los orientales la vida no tiene mayor significación, es la mente que busca respuestas. He desistido viajar por ahora y, espero no desvelarme muy seguido.